

PROYECTOS DE EXPLORACIÓN DE MONUMENTOS TRANSATLÁNTICOS

C. de U.*

Desde principios del siglo se han multiplicado en América los descubrimientos arqueológicos. Hasta entonces las investigaciones de los hombres científicos se habían limitado casi al Egipto y la Grecia, cuyos dos países fueron explorados en todas sus partes.

Los soldados de la república francesa escoltaban, en los ocios que les dejaba la victoria, los sabios que Bonaparte había agregado a la expedición, a las pirámides y hasta el centro de las ruinas de Menfis. Abrióles sus puertas de Tebas; y Desaix, al pasar a Filé, grabó su nombre en la grupa de una grande esfinge. Después de ellos, siguiendo el camino que tan gloriosamente dejara trazado, fue Champollion a descifrar los jeroglíficos de Luxor y Medinet Habu.

Así pues, hace largo tiempo que es conocido el Egipto; y la mayor parte de sus monumentos, traducidos por el buril, nos han transmitido las artes y la religión de los faraones. Palmira, esa ciudad fabulosa, por decirlo así, a la cual el celoso árabe no deja al viajero acercarse, ha visto a Volney sentarse a la sombra de sus mil columnas. Dudando de todo, interrogando a lo pasado, el filósofo reclinó su cabeza sobre las gradas del templo del Sol. Allí fue donde meditó sobre las ruinas. Conocemos Persépolis: el incendio que Alejandro, embriagado de vino de Persia, aplaudió desde las rotas gradas del trono de Darío no lo ha consumido todo. Nobles restos se han salvado de la sacrílega tea de la cortesana que, para rivalizar con su real amante, quiso también vengar por sí misma la Grecia, quemando el palacio de Jerjes.

Babilonia y Nínive, esas dos ciudades reprobadas de Dios, no habían dejado entrever nada de sus suntuosos edificios, sepultados bajo vastos montecillos, y a no haberles conservado, por tradición, el camellero árabe sus nombres antiguos de Babel, Neinivech, ¿quién señalaría hoy el lugar de su asiento? Los restos de estas ciudades malditas habían escapado siempre a las más exquisitas investigaciones; y prescindiendo de algunas inscripciones ininteligibles, ninguna huella quedará de ellas. Dios había querido que, arrojadas al viento sus cenizas y esparcidos sus huesos, atestiguaran que aquellas dos reinas del Asia habían quedado insepultas. Después del transcurso de más de dos mil años, la muerte y la soledad han sucedido a los clamores de los pueblos, a la admiración de aquellas capitales tan florecientes. Sin embargo, en esas naciones tributábanse honores al arte; conocíanse en ellas la escultura asiria y babilónica, y esa escultura había desaparecido. ¡Qué vasto vacío en la historia del arte! Así,

* C. de U., «Proyecto de exploración de monumentos transatlánticos», *Semanario Pintoresco Español*, X, núm. 42 (19 de octubre de 1845), pp. 334-336. II.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003122646&search=&lang=es>

la ciencia se lamentaba de él y continuaba sus investigaciones interrogando bajo su tienda al beduino del Éufrates para aprender alguna cosa acerca de Babilonia, e, interrogando al kurdo del Tigris lo que sabía de Nínive, parecía que Dios había descargado su brazo vengador con bastante enojo sobre aquellas ciudades. Los templos a que no alcanzara su maldición estaban muertos; ¿no había llegado el día en que debían dejarse ver de las nuevas generaciones las huellas imponentes de un castigo severo y merecido? En las orillas del Tigris es donde ha sido revelado ese grande e impenetrable misterio del arte asirio y donde se hallan todas las magnificencias de esta revelación.

Lo que en general se ignora es que la América, y con especialidad las provincias de México, encierran monumentos que recuerdan cuánto el Asia, la Grecia y el Egipto han ofrecido de más notable a la admiración de los sabios. La España es a quien se deben esos magníficos descubrimientos, que son una de las más preciosas conquistas de la ciencia moderna. En 1750, penetrando algunos viajeros en los bosques de la provincia de Chiapas, descubrieron las ruinas de una rica ciudad de seis leguas de extensión y, como su relación hubiese sido acogida con una incredulidad general, el virrey de México envió en 1785 una expedición que llegó hasta Palenque, comprobó la exactitud de los hechos referidos e hizo la descripción de los edificios que aún estaban en pie; pero se perdieron los diseños durante la vuelta de la expedición.

En 1803 mandó el virrey de México, por orden de Carlos IV, que se hiciese una nueva expedición. Duró esta tres años, y durante ellos el capitán Dupaix, que la mandaba, hizo tres viajes. El tercero de ellos le condujo a Palenque, en donde quedó sorprendido a la vista del más imponente e inesperado espectáculo, pues descubrió una ciudad de ocho leguas de circunferencia, un gran número de monumentos antiguos, de puentes cíclopes, túmulos de imponentes formas, de sepulcros subterráneos sólidamente abovedados, edificios majestuosos, estatuas de granito y pórfido, bajos relieves colosales esculpidos en piedra, mármol y granito; en fin, jeroglíficos muy parecidos a los de Egipto, testimonio elocuente de la existencia de naciones acaso tan florecientes como las antiguas de la India y de Egipto.

Los diseños de Castañeda, escultor en jefe de la expedición, y la relación del capitán Dupaix se depositaron en el museo de México y más tarde llegó a Francia una copia, la cual sirvió en París para hacer una obra que produjo gran sensación en el mundo científico, y de la cual han hablado con una especie de entusiasmo monsieur Humboldt, monsieur de Chateaubriand y la mayor parte de los sabios de París y Londres. Monsieur Alejandro Lenoir, fundador del Museo Egipcio, después de hacer una descripción de Palenque, concluye así: «No terminaré sin expresar de nuevo el asombro y la admiración que deben causar los vestigios de tan magnífica civilización en el centro de ese hemisferio considerado desde hace trescientos años como saliendo apenas del estado salvaje. Una ciudad de ocho leguas de extensión, capital de un pueblo que debió ser grande y poderoso, edificada bajo un clima fértil y en una posición de las más favorables, adornada con edificios que, además de su aspecto original, conservan aún un carácter de grandeza y sencillez muy notables, tal ciudad olvidada, ignorada por espacio de siglos, acabando en la soledad una destrucción comenzaba por alguna inmensa catástrofe de que no hay recuerdo, debe sin duda excitar grande inte-

rés entre los pueblos ilustrados, entre los hombres amantes del arte y de la ciencia histórica. La escultura, la plástica y los jeroglíficos, pruebas elocuentes de una civilización tan adelantada como la de Egipto y Asia, en la época en que la historia se oculta en las tinieblas de los tiempos antiguos, abren un vasto campo a las conjeturas. Todas las épocas del arte merecen ser estudiadas; empero las épocas más remotas inspiran mayor interés, porque la curiosidad halla en ellas un alimento más, y nuestra veneración hacia el antiguo género humano se aumenta al reconocer en los pueblos a quienes asignamos un origen lejano los sucesores mediatos de pueblos infinitamente más antiguos y que han desaparecido de la superficie del mundo».

Como era de esperar, la discusión se apoderó de estos nuevos y maravillosos descubrimientos, y en esta, como en todas las materias, se dividieron las opiniones de los sabios. Han disputado sobre el carácter y origen de los monumentos descubiertos, y el único hecho que la discusión consignó casi como indudable fue que el continente llamado Nuevo Mundo es tan antiguo como el viejo. La gran dificultad, que aún está por resolver, es el saber desde qué época datan los monumentos. No han faltado diarios ingleses que han sostenido que son antediluvianos; aserción que nos parece una de esas exageraciones en que abundan todos los debates científicos.

Monsieur de Chateaubriand, que tomó parte en la discusión, concluyó por proponer el siguiente medio de poner término a todas las incertidumbres: «Ahora», dijo, «solo me resta manifestar un deseo, a saber: que se envíe a México una compañía de hombres científicos a fin de estudiar las ruinas de Palenque y de Mitla. Esa compañía debería componerse de ingleses, instruidos en las antigüedades del Ganges y versados en las lenguas indias, y franceses compañeros de Champollion, iniciados en la lengua jeroglífica del Egipto. La exploración de tales hombres derramaría grandes luces».

La idea de monsieur de Chateaubriand fue acogida con la mayor solicitud, y en consecuencia se estableció en París una comisión científica para organizar una exploración transatlántica encargada de estudiar las antigüedades descubiertas en las provincias del Yucatán y de Chiapas. Esta comisión se compone de los hombres más notables de las academias y de las corporaciones científicas, entre los cuales figuran los nombres de monsieur de Élie de Beaumont, monsieur Boussingault, monsieur Jomard, monsieur Champollion, y, para asegurar el buen éxito de una empresa que en tanto grado interesa a la ciencia, ha hecho un llamamiento a todas las notabilidades, y no solamente cuenta con el apoyo y cooperación de las corporaciones científicas, sino también con la protección de la mayor parte de los príncipes de Europa.

El director de las *Antigüedades mexicanas*, de esa gran obra que fue la que sugirió la idea de una exploración, ha puesto su libro a disposición de la comisión científica, y con el producto de las suscripciones se debe realizar el proyecto de exploración. No dudamos que los hombres ilustrados de todos los países se asociarán a la idea de monsieur de Chateaubriand, y hacemos sinceros votos por el buen éxito de una empresa, que, al paso que ha de hacer grandes servicios a la ciencia, llamará la atención de los sabios, y de rechazo, de toda la Europa, sobre unos países muy poco conocidos aún, y que merecen tanto como Egipto y la Grecia fijar la atención de los sabios y de los hombres de Estado.

Nosotros poseemos una linda vista del palacio principal de Palenque con su descripción, la que insertaremos en uno de nuestros próximos números.

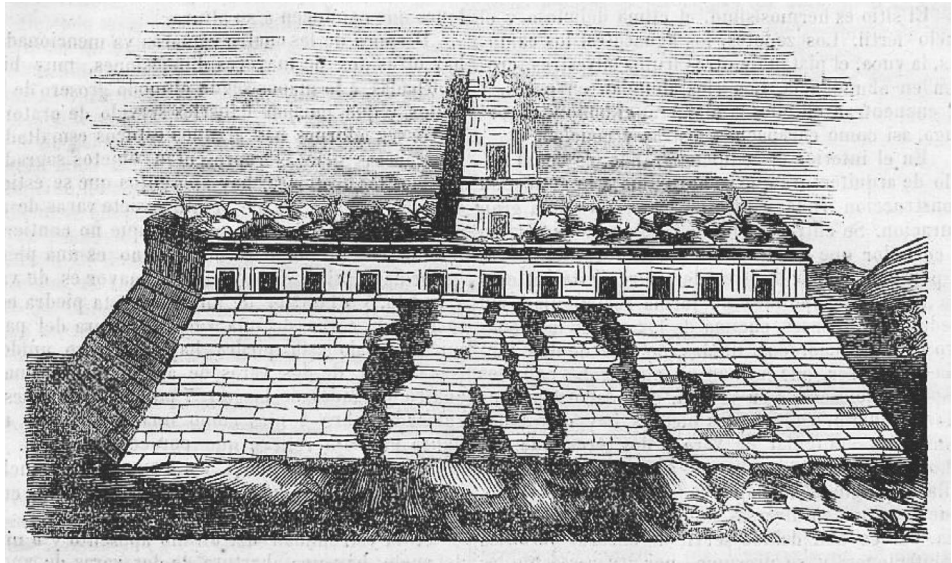


Fig. 12. *El Palenque*, p. 377.**

** El grabado encabeza el artículo «El Palenque. Extracto del viaje de don Antonio del Río a las ruinas del Palenque en 1787», publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, X, núm. 48 (30 de noviembre de 1845), pp. 377-379, como anuncia el final de este artículo. Esta ilustración acompaña (p. 384) al artículo de Albert Lenoir «Antiquités mexicaines. Villes inconnues», *Musée des Familles* (agosto de 1835) pp. 377-384, con el título «Edifice civil à Palenque». H[enry] Brown [Grabador]. Los grabados se realizaron a partir de los dibujos de José Luciano Castañeda (Baradère, 1834, planche XII).